

## Reseña autobiográfica<sup>1</sup>

José Carlos Chiaramonte

Este artículo fue publicado en *Ciencia e Investigación. Reseñas*, número 4, Buenos Aires, 2013. Agradecemos la autorización para reproducirlo otorgada por el Comité Editor de esa Revista.

Como supongo que la mayoría de los lectores de la revista pertenecen al campo de las ciencias exactas y naturales me ha preocupado cómo poder hacer interesante un trabajo dedicado a cuestiones de tan distintas características como las de la investigación histórica. Dominado por esa inquietud, me pareció que resumir brevemente los principales frutos de mis investigaciones resultaría útil para la lectura del resto de estas páginas.

Comienzo por recordar que mis primeros pasos en la investigación histórica los di en el campo de la historia cultural, en trabajos sobre la historia de la influencia de la Ilustración europea en el Río de la Plata a fines del período colonial y durante los primeros tramos de vida independiente. Luego, sobre todo en las últimas décadas, mi trabajo se orientó a lograr una mejor interpretación de la génesis de los nuevos Estados rioplatenses surgidos de la independencia. Los principales resultados de estos trabajos – que posteriormente extendí parcialmente al ámbito iberoamericano– podrían resumirse en los siguientes puntos: Que las actuales naciones y nacionalidades iberoamericanas han sido fruto tardío y no causa de las independencias; que por lo tanto las organizaciones políticas soberanas sustitutivas del dominio metropolitano fueron primero las ciudades con cabildos y, luego, los Estados soberanos e independientes que conservaban la equívoca denominación de provincias; que consiguientemente, el problema central

---

<sup>1</sup> En lo que sigue he utilizado algunas partes del siguiente texto: José Carlos Chiaramonte, “El oficio de investigador en la Historia: una experiencia personal”, en Federico Schuster, Norma Giarraca, Susana Aparicio, José C. Chiaramonte y Beatriz Sarlo, *El oficio de investigador*, Buenos Aires, Homo Sapiens / Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1995.

abierto por las independencias fue el de divisibilidad o indivisibilidad de la soberanía, en torno al cual se dio la disputa entre los que conocemos como unitarios y federales; que el mayor vínculo de unión entre esos Estados soberanos fue el confederal –como en la Confederación Argentina vigente entre 1831 y 1853– dado que las confederaciones son justamente sociedades de estados soberanos e independientes; y que el fundamento intelectual de la actividad política, así como de las relaciones sociales, se encontraba en el derecho natural y de gentes y en el derecho canónico, cuyos exponentes tuvieron más peso que autores que sobresalían en el escenario intelectual europeo de la época, tales como Montesquieu o Rousseau, entre otros.

2. Ya enunciados algunos de los principales resultados de mis trabajos, y antes de abordar el relato de sus comienzos, me gustaría recordar que nací en 1931 en un pueblo de la provincia de Santa Fe cercano a la ciudad de Rosario, Arroyo Seco, donde pasé los primeros diez años de mi vida y al que retornaba en los años siguientes durante las vacaciones escolares. El pueblo tenía entonces una sola calle pavimentada, de manera que las primeras experiencias de vida fueron en un entorno con mucha tierra y vegetación, lleno de improvisadas canchas de fútbol, de gallineros domésticos y de cercanos campos cultivados –lo que nos permitía poder darnos cuenta de algo que los nacidos en las grandes ciudades podrían ignorar, por ejemplo, que las papas no cuelgan de los árboles ni los choclos nacen bajo tierra. Humorismos aparte, esto, y mucho más, configuraba un trasfondo de experiencias propicias a generar una permanente nostalgia que arrastraría durante la vida en las grandes ciudades.

Los estudios primarios que había comenzado en una escuela provincial en Arroyo Seco, los continué en Rosario en la Escuela Normal Nacional de Maestros “Mariano Moreno”, el “Normal 3”, de la que fui entonces alumno primario y secundario, pero de la que también sería más tarde profesor, vice director y director. Estos cargos directivos derivaron en su comienzo (1962) de una aplicación automática –es decir, no solicitada por mí– del entonces recientemente creado Estatuto del Docente. Pensé al aceptar la vice dirección de esa escuela que se trataría de una ocupación transitoria que no duraría más de un año, pero se prolongó por casi diez, no sólo por mi necesidad de ingresos sino

porque la experiencia en la educación media –de distinta naturaleza de la universitaria pero útil comparativamente para ella– me resultó en sus comienzos apasionante.

Durante mis estudios secundarios estuve lejos de ser un buen alumno porque me dedicaba a la lectura de libros que me atraían más que los escolares. Al comienzo fueron los de aventuras, Verne, Dumas, Salgari, entre ellos, pero ya a partir del tercer año había comenzado a interesarme en la literatura clásica grecolatina –compré mi primer tomo de las *Vidas Paralelas* de Plutarco al final del tercer año del secundario–, lecturas que ampliadas en sus alcances, me absorberían durante varios años. Debo confesar que antes de decidir dedicarme a la historia mi interés, nunca abandonado, había estado en la literatura, inclinación que creo tiene también buenas consecuencias para la escritura científica. Experiencias personales de sensibles efectos en mi formación cultural fueron, apenas graduado, las conversaciones con el poeta Juan L. Ortiz –a quien solía visitar en Paraná– y mi amistad con escritores como Juan José Saer, Hugo Gola y otros integrantes de lo que fue un importante movimiento literario surgido en ciudades del Litoral argentino, así como con miembros del grupo de plásticos rosarinos integrados entre otros por los pintores Leónidas Gambartes y Juan Grela, y del movimiento rosarino de teatros independientes (recuerdo haber sido consecuente miembro de la *claque* de uno de ellos, de notable calidad, el teatro independiente El Faro).

Mi pobre trayectoria en el secundario la compensé con creces durante mis estudios universitarios, cursados en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, entonces perteneciente a la Universidad Nacional del Litoral, entre 1949 y 1956. Eran tiempos –los de la mayor parte de mi carrera– en los que estudiar filosofía e historia para alguien que no era adicto al partido gobernante suponía renunciar a la docencia, porque para ingresar a ella había que ser afiliado a ese partido. De manera que decidí estudiar humanidades con la conciencia de que me arriesgaba a ser un empleado de oficina el resto de mi vida, y que sólo en mis ratos libres me iba a ocupar de historia y filosofía. Por otra parte, los estudios universitarios no me fueron fáciles dado que los cursaba como alumno libre porque trabajaba ocho horas diarias en una oficina de una firma de corredores de cereales.

3. Apenas graduado, en 1956, logré ingresar a la docencia media y universitaria, y los primeros pasos en la investigación estaban relacionados con temas de mis cátedras de

historia de la cultura. Conviene recordar que en esa época no contábamos con las posibilidades de financiamiento que existen actualmente. Me refiero a un sistema científico que provee becas o subsidios, cosas raras y difíciles de conseguir entonces. De manera que desde mi egreso de la Facultad de Filosofía de Rosario, todo lo que aprendí lo aprendí dentro del país en la forma en que podía. Destaco esto porque es parte de una historia de vida no excepcional en ese tiempo, lo que puede explicar algo, o mucho, de lo ocurrido en la Argentina. Así, mis primeras publicaciones importantes, incluido mi libro *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina...* (1971), fueron en gran parte producto de esfuerzos personales para estar al día en la investigación histórica. Por ejemplo, mi primera salida al exterior habría de ser ya después de los cuarenta años, en 1974, para asistir a un Congreso de Americanistas en México.

Debo advertir también que una reseña autobiográfica de alguien perteneciente a las ciencias sociales o humanidades estará teñida, inevitablemente, por los efectos de la particular incidencia de corrientes ideológicas y políticas en este campo del saber. Los años de la segunda posguerra del siglo XX, para mí como para muchos otros de mis contemporáneos, eran años de intensa actividad política, y con fuertes influencias intelectuales: marxismo, existencialismo, tomismo... El existencialismo hoy parece una antigualla, pero recuerdo haber tenido compañeros de facultad que eran declarada y provocativamente existencialistas, mientras otros, yo entre ellos, se inscribían en el marxismo. Un rasgo de la formación de muchos historiadores, que creo que hoy se suele repetir, es decidir que su actividad intelectual forma parte de un compromiso político, al servicio de ciertos ideales. Esto genera un problema grave pues afecta a la necesaria libertad mental para la investigación. Es por tal razón que la primera parte de esta reseña incluirá el relato del esfuerzo por superar los prejuicios ideológicos en el quehacer científico.

Si bien había resuelto ser historiador, me inscribí también en la carrera de filosofía por considerar esos estudios necesarios por su valor metodológico. De manera que cursé primero todas las materias de filosofía –algunas de ellas comunes con las de la carrera de historia. Pero, cuando terminé filosofía abandoné la Facultad dado que el título de Profesor en Filosofía me habilitaba para la docencia, y me dediqué a la historia, aunque

dudando un tiempo entre historia y sociología, que era, la segunda, otra vertiente posible que no me atraía tanto como oficio sino por su posible mayor rédito político. Del breve paso por la sociología puedo decir que me sirvió para confrontar algunos problemas metodológicos que juzgaba importante para mi formación, sobre todo, el problema de la relación entre teoría y empirismo y, asimismo, el de cómo manejar la relación teoría y práctica científica cuando la relación personal con una teoría, como en mi caso, tenía un nexo no estrictamente científico por razones éticas. Por suerte, la experiencia en el estudio de la historia de la filosofía me permitió comenzar a romper la limitación que implicaba la adhesión a la teoría que había elegido por razones extra intelectuales.

Pero esto no ocurrió de inmediato sino a través de un transcurso que no fue breve. En 1957, un año después de egresado, había obtenido una designación interina para ocupar la cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentina, en una de las carreras de la Facultad de Filosofía de Rosario, luego convertida en la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná, y comencé a investigar en temas vinculados con ella. Posteriormente obtuve una beca para graduados de la misma facultad –bastante tardíamente, en 1961–, para hacer estudios sobre historia cultural argentina en la cátedra de Historia Social de José Luis Romero, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El principal motivo de la elección de la cátedra de Romero iba más allá que el de su prestigio como historiador. Buscando romper el cerco ideológico, y habiéndome dado cuenta de que el campo historiográfico se estaba renovando por influjo sobre todo de la escuela francesa de los *Annales*, elegí lo que me pareció que era el lugar apto para tal objetivo. La experiencia en la cátedra de historia social –que funcionaba en realidad como una especie de centro de investigaciones– resultó muy valiosa. Además, fue el primer aporte externo en mi etapa rosarina, pues hasta entonces –ya llevaba cinco años de graduado– había sido prácticamente un autodidacta, en un medio como Rosario, bastante aislado en esa época.

Hasta entonces mi trabajo de investigación estaba concentrado en la cultura del siglo XVIII, los años del auge de la Ilustración. Había publicado dos artículos sobre ese tema en el *Anuario* de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario –por invitación de su entonces director, Boleslao Lewin–, que luego reuní en mi primer libro,

*Ensayos sobre la 'Ilustración' argentina.* Por efecto de esa edición, Tulio Halperín me pidió escribir la parte correspondiente al siglo XVIII de la Historia Argentina que estaba preparando para la editorial Paidós. Como efecto de estas publicaciones, a lo largo de los años posteriores, las publicaciones o el dictado de cursos y conferencias sobre esa temática, de la que continuaba ocupándome en la enseñanza, no fueron producto de iniciativas mías sino de encargos de editoriales y universidades. Así, fue halagüeño recibir en 1978 la solicitud de Ángel Rama, destacado intelectual uruguayo y director entonces de la Biblioteca Ayacucho, para preparar un volumen sobre la Ilustración Iberoamericana. Asimismo, por encargo de editoriales, hube de publicar otros dos trabajos sobre la Ilustración argentina –*La crítica ilustrada de la realidad* y *La Ilustración en el Río de la Plata*–, y escribí para una historia de América Latina de la Unesco, uno de los capítulos del tomo dedicado al siglo XVIII. Pero uno de los mayores estímulos que recibí en esa etapa inicial de mi carrera profesional fue el pedido del historiador italiano Franco Venturi, entonces el más importante historiador de la Ilustración europea, para publicar en la revista que dirigía un artículo sobre la influencia de destacados economistas del Reino de Nápoles en el Río de la Plata.

Un aporte metodológico importante que obtuve durante mi paso por la cátedra de José Luis Romero provino de los dos seminarios que cursé con el entonces destacado miembro de la escuela de los *Annales*, el historiador latinoamericanista italiano Ruggiero Romano, uno sobre historia económica europea de la Edad Moderna, y otro sobre metodología de la investigación en historia económica. Al mismo tiempo, me inscribí en un seminario del sociólogo norteamericano Irwing Louis Horowitz, en el entonces recientemente creado Departamento de Sociología dirigido por Gino Germani, sobre lógica de la investigación en ciencias sociales. Esos seminarios fueron muy provechosos para mi formación como historiador. El de Horowitz –especialista en sociología del conocimiento– fue también una importante experiencia, dado que me interesaba confrontar lo que observaba en el trabajo de los historiadores con lo que se hacía en otras disciplinas como la sociología. Quisiera agregar, pese a ser una digresión, que como tardío fruto de ese seminario, y luego de un también tardío reencuentro epistolar con Horowitz, se produjo hace pocos años, antes de su fallecimiento, su invitación para publicar en lengua inglesa uno de mis libros, *Nation and State in Latin America*.

Lo que acabo de reseñar, los estudios de filosofía, la polémica sociológica de esta época, en los años del montaje del Departamento de Sociología por Germani, más lo que hacían Romero, Halperín, así como otros historiadores que frecuentaban la cátedra de Historia Social –Reyna Pastor, Juan Antonio Oddone, Nicolás Sanchez Albornoz, Ezequiel Gallo, Roberto Cortes Conde, entre otros–, me servía también para revisar los condicionamientos de naturaleza ideológica. De particular importancia en la formación de todos los entonces jóvenes historiadores fueron los trabajos de Halperín, parte de los cuales reuniría luego en su libro *Revolución y Guerra...* (Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra, Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1972)

4. Se produjo entonces una primera crisis, propia de una historia intelectual que en el campo de las ciencias sociales privilegiaba el análisis teórico. El problema que surgió ya iniciada una nueva investigación fue el de darme cuenta de la necesidad de moderar, momentáneamente al menos, la pretensión de continuar trabajando en problemas teóricos, para concentrarme en un campo concreto de investigación –aunque sin descuidar la relación entre una investigación empírica y sus condicionamientos e implicancias teóricas. Este cambio de objetivos tenía, entre otros propósitos, seguir poniendo a prueba en una investigación de mayor magnitud un esquema teórico como el del materialismo histórico. El cambio de objetivo fue facilitado por el descubrimiento de un tema que podía responder a ese propósito, el movimiento de nacionalismo económico de los años ‘70 del siglo XIX, dirigido por el célebre historiador y político Vicente Fidel López, cuya investigación daría origen a mi ya citado libro *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*. Es de recordar, además, que cuando pretendí doctorarme con ese trabajo mi solicitud fue rechazada arbitrariamente por la intervención de la Facultad de Filosofía de Rosario, de manera que opté por la publicación de sus resultados.

Había elegido ese tema porque en esos años un problema de índole política pero de fuerte atracción en medios académicos era el de definir el tipo de economía que existía en Argentina y en América Latina, si feudal o capitalista. Se trataba de la gran discusión que se dio en el curso de la famosa polémica sobre los "modos de producción". Lo que observaba en la mayoría de los participantes en el debate era que lo que debía ser objeto

de la investigación histórica se sustituía con esquemas derivados de objetivos políticos, esto es, sobre lo que se denominaba el "tipo de revolución" requerida en América Latina: "democrática burguesa" o "socialista". Dentro de ese tipo de problemas, una cuestión debatida era la existencia o no existencia de una "burguesía nacional" en Argentina, porque de eso dependía el diagnóstico sobre qué tipo de transformaciones era necesario efectuar en el país. Consiguientemente, la historia se manipulaba en función de las plataformas políticas. Añadamos que el concepto de "burguesía nacional" era una fantasía proveniente de una errada interpretación histórica del proceso de desarrollo capitalista en Europa y Estados Unidos.

Las discusiones eran entonces intensas. Pero este problema no sólo interesaba a intelectuales que eran a la vez militantes, era también algo que se debatía en ámbitos académicos. Por eso, la importancia del movimiento de Vicente Fidel López –intenso pero fugaz intento de reformas en la política económica argentina–, consistía en haber constituido el movimiento de nacionalismo económico más fuerte del siglo XIX, lo que daba lugar a la hipótesis de constituir un indicador de la existencia de una burguesía capitalista que lo respaldaba –una hipótesis fuerte en aquellos años, pese a su apoyo en un manejo esquemático de las relaciones entre estructura social y actividad política. De manera que el estudio del proyecto de proteccionismo y nacionalismo económico dirigido por Vicente Fidel López e integrado por figuras de posterior relevancia en la vida intelectual y política del país, como Miguel Cané, Carlos Pellegrini, Lucio V. López, entre otros, parecía ser un camino válido para el análisis de la estructura social del país, a partir de comprobar qué había existido detrás de este proyecto, qué sectores sociales lo sustentaban.

Por otra parte el trabajo tenía otras pretensiones, las de querer evadir los habituales encasillamientos historiográficos –historia económica, política, de las ideas, etc., propósito que contrastaba con la forma de hacer historia predominante en ese momento. Cuando llegué a Buenos Aires con mi beca, en 1961, hacía furor la historia económica y particularmente la "historia de precios" (esto es, el uso de los precios de ciertos bienes para construir series que reflejasen el desarrollo de los ciclos económicos). Relatando humorísticamente estas circunstancias, solía decir que todo el que no estuviera

dedicado a contar vacas o mulas era más bien menospreciado como historiador científico, y en cierta medida esto no era sólo una ironía. Así, como historiador de la cultura, la recepción que tuve en el entorno de Romero en 1961 fue un poco fría. Pero luego de haber publicado un artículo sobre el ciclo económico de 1866–1873 y la crisis lanera, en el *Anuario de Historia* de la Facultad de Filosofía de Rosario –por invitación de Nicolás Sánchez Albornoz, entonces director del Instituto de Historia Argentina de esa Facultad–, la relación cambió completamente. Había pasado a ser un “historiador científico”.

El problema que está detrás de estas referencias anecdóticas es el peso agobiante de las modas intelectuales en el campo de las disciplinas sociales, entre otros factores por los réditos que ellas proveen a la industria editorial. En aquel momento, era sensible el peso de la llamada “historia cuantitativa” en la historia económica, como algo más tarde lo serían la del althusserianismo, la de las etapas del desarrollo de Rostow –con su famoso *take-off*, la de Foucault, la de los “estudios culturales”, y otras posteriores. En cierta medida, esto también forma parte de los mecanismos de competencia que existen en el campo de las ciencias sociales y humanidades, que priorizan el estar al día con el último grito de la moda. Es cierto, pensaba entonces –y lo sigo haciendo–, que es necesario atender permanentemente a lo que bulle en los mejores centros historiográficos del mundo, pero la decisión sobre lo que se ha investigar debe surgir de una evaluación de lo que es necesario hacer según el estado del conocimiento en el campo en el que se trabaja y no de esquemas a la moda.

De alguna manera he expuesto ya algunos problemas que hacen a mi experiencia en la investigación histórica. Debería agregar que entre los factores de estímulo, cuenta mi participación, a partir de 1963, en la naciente Asociación Argentina de Historia Social y Económica, de la que fui miembro fundador, en la que además del grupo de historiadores encabezado en Buenos Aires por José Luis Romero participaron activamente otros, entre ellos quien fue su primer presidente, el historiador cordobés Ceferino Garzón Maceda, de particular importancia en la formación de los jóvenes historiadores que lo rodeaban.

5. Pero el problema seguía siendo el de cómo orientar la labor de investigación y docencia, para alguien que pretendía tener norte teórico claro y ese norte se le estaba

complicando. A raíz de que la intervención de la Universidad de Rosario luego del golpe de estado de Onganía dejó sin trabajo a muchos universitarios, algunos historiadores jóvenes me pidieron formar un grupo de estudios, el que se convirtió en un grupo de investigación al descubrir un archivo rico en la ciudad de Corrientes. En el caso de Corrientes vimos la oportunidad de trasladar la temática de *Nacionalismo y liberalismo...* de la segunda a la primera mitad del siglo XIX. Porque el programa de proteccionismo e industrialización de la provincia de Corrientes en torno a los años 1820 y 1830, un programa casi nacionalista económico, y su enfrentamiento con Buenos Aires por tal motivo, ofrecía la posibilidad de seguir estudiando la formación de los grupos dirigentes en el país. De manera que diseñamos una investigación para indagar la hipotética existencia de una burguesía capitalista en esa provincia. No la encontramos, pero sí encontramos cosas muy importantes para mi trabajo posterior, que permiten observar la realidad de sociedades de esa época con criterio no sometido al esquematismo de ese “lenguaje de clases” que dio lugar a la hipótesis de la “burguesía capitalista”. Esas comprobaciones están expuestas en el libro que resume esa investigación y que pude publicar a mi regreso al país, *Mercaderes del Litoral...*, libro cuyo atractivo provino también de la escasez en aquel entonces de estudios de historia regional, es decir, hechos desde una perspectiva no centrada en Buenos Aires.

Luego de un concurso que decidió mi traslado a Bahía Blanca, en 1972, como profesor *full-time* de Historia Americana en el Departamento de Economía de la Universidad del Sur, pude continuar esa investigación gracias al apoyo del Departamento, cuyo entonces director, el entrañable Enrique Melchior –fallecido más tarde durante su exilio brasileño–, estaba interesado además en mi colaboración con el CFI –Consejo Federal de Inversiones– para estudios de historia económica regional. La convivencia con el grupo de economistas regionalistas predominante en el Departamento fue muy valiosa para la elaboración de algunas partes de mi trabajo sobre la economía correntina.

Durante la gestación de *Mercaderes del Litoral...*, y de otro libro que elaboré paralelamente a ése, durante mi exilio en México –*Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*–, hicieron crisis una cantidad de cosas. A comienzos de los años ‘70, el tema sobresaliente, considerado por muchos como central en el campo de la investigación

histórica, era el de los *modos de producción*, un problema surgido del materialismo histórico. Era tal la fuerza de la polémica desatada en torno al mismo que contagió a historiadores no marxistas, historiadores cuya obra, de alguna manera, tenía relación con el marxismo, a veces no explícita como había ocurrido con algunos de los fundadores de la Escuela de los *Annales*. En el Congreso de Americanistas de México de 1974, el asunto de los modos de producción había dado lugar a un Simposio especial que contó con la participación de importantes historiadores, antropólogos, arqueólogos, etno historiadores y otros científicos sociales de todo el continente y también de Europa. La experiencia fue saludable porque me permitió evaluar los inverosímiles frutos que puede dar la pretensión teórica prejuiciada ideológicamente, puesto que en algunos momentos se llegaba al delirio. Un arqueólogo prestigioso computó en el pasado americano veinticuatro modos de producción sucesivos, desde el modo de producción "tropical" en adelante, y hubo otros dislates del mismo tipo.

Pero este es un problema que deriva de otro más sustancial: que en esta discusión sobre modos de producción había un problema de periodización histórica que, como inconsciente préstamo de la biología, producía esquemas de clasificación unidos a una manifestación de historicismo extremo: considerar que hasta el más pequeño fenómeno social debe "mostrar" su naturaleza histórica, esto es, el sello del período al que pertenecería. Así, uno de los entonces más prestigiosos historiadores económicos, el británico Maurice Dobb, lo confesaba en uno de sus textos: al definir términos como feudalismo o capitalismo se adopta de hecho un "principio de clasificación" para seleccionar los hechos históricos y decidir si una sociedad es feudal o capitalista. Detrás de estos razonamientos está la creencia ingenua de que el historiador puede proceder de esta forma: definir una forma de economía o de sociedad, o un modelo cultural ("modernidad", por ejemplo) y luego verificar los datos para ver si coinciden con esas definiciones.

La experiencia intentada en *Formas de sociedad...* era interesante para un estudio de las relaciones entre ideología y política, por una parte, y quehacer histórico por otra. Se trataba del análisis de un episodio historiográfico que permitía extraer conclusiones válidas para la investigación. El otro gran problema, que hace que en mis trabajos use

escasamente la expresión *clase social*, es que el manejo en la investigación del concepto de clase se hacía cada vez más difícil. Con el concepto de clase sucede lo que se puede observar en conceptos muy generales, fáciles de usar por su mismo grado de generalidad. Así ocurre también con los conceptos de pueblo y de clase social. No son conceptos operativos para una investigación, pese a ser de los más utilizados y más manoseados. La preocupación por la inconsistencia de lo que se ha denominado el "lenguaje de clases" permaneció a lo largo de mis trabajos hasta que terminé por formular mi punto de vista al respecto, contenido en la primera parte de mi último libro *Usos Políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*.

Esta es la descripción de cuestiones que me ocuparon durante esos años 1970. Resumiendo, llegó un momento en que, por un lado se tornaba difícil perseguir el propósito de lograr un pleno dominio de las teorías sociales. Por otro, muchas de las certezas teóricas de los comienzos habían quedado en el camino, y con esas certezas se tambaleaban también algunas otras más generales, como es la posibilidad de una ciencia de lo social o, más restringidamente, de la pretensión científica de la historia, cuestión difícil de afrontar porque entre otras cosas los historiadores suelen trabajar sin tener demasiada preocupación sobre el particular.

Cuando uno habla de estas cuestiones con alumnos, la comunicación se hace a veces difícil, porque en el fondo, una buena parte de ellos –y del público lector también–, sigue pensando que existe una buena teoría que va a arreglar el mundo y que por lo tanto es conveniente y necesario adecuar la práctica científica a esa buena teoría. Y cuando se sugieren dudas o se formulan críticas, no hay recepción posible, porque ante los actos de fe no hay posibilidad de diálogo. El acto de fe, religioso, teórico, político, es algo cerrado a toda posibilidad de discusión. Si uno resolvió que la buena y verdadera teoría es ésta, todo lo demás parecerá superficial y frívolo. ¿Qué importancia tiene discutir si está bien o mal tal desarrollo de la investigación cuando los grandes problemas del mundo son otros? En la Argentina esta postura sigue haciendo estragos, hasta en las mismas universidades, y ha dado lugar a una literatura histórica, a la que suelo llamar malversación política de la historia, tan nociva para la historia como para la política, a veces bajo el rótulo de revisionismo histórico, a veces de otras etiquetas ideológicas.

Por último, es también necesario advertir que tras todas estas expectativas hacia la Historia, está la irresuelta cuestión de si realmente se puede conocer lo que pasó tal como fue. Hay aquí un problema insoluble. Es conocido el argumento de que el historiador no puede conocer lo que realmente ocurrió en el pasado porque toda historia, como adujo Benedetto Croce, es siempre historia contemporánea. Según este criterio, lo que el historiador hace es formular las preguntas de su tiempo al pasado y verlo así en clave de presente. Advertamos ante todo que esto suele llevar a un círculo vicioso, del que es un buen ejemplo el caso de un muy buen historiador británico, E. H. Carr (*Qué es la Historia*, Barcelona, Seix Barral, 9ª ed., 1979), quien toma de Croce y Collingwood la idea de que el historiador no puede conocer el pasado tal cual es, porque la historia es siempre una historia del presente, y escribe: "...sólo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente. El historiador pertenece a su época y está vinculado a ella por las condiciones de la existencia humana." Pero en otro capítulo de su libro afirma: "La función del historiador no es ni amar el pasado ni emanciparse de él sino dominarlo y comprenderlo como clave para la comprensión del presente." Es decir, no podemos comprender el pasado sino a través del presente, pero tenemos que estudiar el pasado para comprender el presente.

¿Por qué se trata de un problema de difícil solución? Porque lo que subyace en él son los viejos problemas de la teoría del conocimiento, es decir, en el dilema de si hay una realidad objetiva existente fuera de la mente humana o si la realidad es una construcción de ella; y, en el caso de que se considere que esa realidad existe, si la podemos o no conocer tal cual es. La pretensión de considerar "demostrable" la verdad de alguna de esas alternativas más bien remite a un acto de fe, porque no hay prueba empírica para decir que son ciertos el realismo (a veces mal llamado materialismo) o el idealismo gnoseológicos. Es por eso que pienso que podríamos decir que, de hecho, los científicos han trabajado por lo general *como si* el mundo exterior a la conciencia existiese y *como si* pudiese ser conocido.

6. La etapa más importante de mi trabajo comenzó luego del regreso del exilio, en 1986, pero fue favorecida por las experiencias que acabo de resumir y por otras que se dieron en esos años pasados fuera del país. Mis trabajos docentes y de investigación en la

Argentina habían tenido una brusca interrupción debida al cierre de la Universidad del Sur por la llamada “misión Ivanissevich”, en marzo de 1975, y la cesantía de la mayoría de sus docentes. Acepté entonces un trabajo en México, durante un año, en el Departamento de Historia del Instituto Nacional de Antropología y, luego, durante el resto de los diez años que permanecí exiliado en ese país, trabajé en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México –ISUNAM–, al que me incorporé como especialista en Historia Social, en un programa de historia de la población de México dirigido por el historiador Raúl Benítez Zenteno. Los años pasados en el ISUNAM fueron muy útiles para ampliar mi conocimiento de la historia mexicana e iberoamericana y reflexionar comparativamente con lo que había hecho en historia argentina, así como para cotejar mis experiencias en investigación con la de otros especialistas, como los que trabajaban en demografía histórica. También pude obtener apoyo para reanudar mi trabajo sobre historia argentina. Por ejemplo, en 1981, un subsidio del ISUNAM –dirigido entonces por el sociólogo Julio Labastida– me permitió trabajar en la Biblioteca de la Universidad de California en Berkeley y en la Biblioteca del Congreso en Washington, para actualización bibliográfica destinada a elaborar una ponencia a un Simposio sobre la Cuestión Regional como Cuestión Nacional en América Latina, realizado en El Colegio de México, texto que luego incorporé como introducción a *Mercaderes del Litoral...*

Mientras participaba del proyecto sobre la historia de la población mexicana, obtuve un subsidio del Social Science Research Council, en 1981, para reanudar desde México la investigación interrumpida en el momento del exilio (Conflictos regionales en la formación del estado argentino: la política correntina en la Liga del Litoral y la estructura social de la provincia de Corrientes en la primera mitad del siglo XIX) Con los fondos de ese subsidio viajé a Brasil, para trabajar en el Archivo Histórico de Río Grande do Sul, Porto Alegre, y en el Archivo Histórico Nacional y en la Biblioteca Nacional, en Río de Janeiro, sobre diversas fuentes relativas a la historia social del Río de la Plata, y pude financiar el traslado al archivo de Corrientes de miembros del equipo que habían comenzado el trabajo en Rosario –dado que no podía trasladarme a la Argentina debido a la condición de “prófugo” aplicada por el gobierno militar a los ex docentes de la Universidad del Sur que habían podido eludir la cárcel por estar en el exterior–.

La obtención de la beca Guggenheim en 1982 me permitió continuar la misma investigación así como reunir materiales sobre historia latinoamericana del siglo XIX. Entre otras cosas, si bien continuaba sin poder trasladarme a la Argentina, pude viajar a Europa para trabajar en archivos que contenían correspondencia diplomática y otras fuentes para la historia argentina y latinoamericana del siglo XIX. El primer viaje lo hice en 1983 para consultar en Londres los documentos de la sección dedicada al Río de la Plata (Foreign Office 6) en el Public Record Office, así como también libros y otros materiales existentes en la Biblioteca Británica. En el transcurso de ese viaje pude también visitar el Instituto de Historia de América Latina de la Universidad de Londres – dirigido entonces por John Lynch–, así como pasar a España e Italia para reunirme con colegas latinoamericanistas de las universidades Complutense de Madrid, Autónoma de Barcelona y Ciencias Políticas de Turín. En un viaje posterior, en 1984, continué consultando materiales diplomáticos de países que habían tenido representantes diplomáticos en Buenos Aires. En París trabajé en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores –Quai d'Orsay–, en el del Museo Nacional de Historia Natural –Jardin des Plantes–, y en la Biblioteca Nacional. En 1985, realicé similar pesquisa en Turín, en el Archivio di Stato del reino de Cerdeña –primera forma del estado nacional italiano–, y en la Biblioteca Riccardiana de Florencia.

En los últimos meses de mi estadía en México –en 1984 había ingresado al Sistema Nacional de Investigadores– obtuve aprobación para un nuevo proyecto dedicado a utilizar comparativamente mi experiencia en el estudio de Corrientes en una investigación sobre el estado mexicano de Veracruz. Pero el terremoto de setiembre de 1985 –durante el cual estuvimos a punto de ser víctimas de un derrumbe que, afortunadamente, no se produjo– decidió el regreso a Argentina. Mi esposa quería regresar, mi hija menor que desde los dos años había vivido allí y era prácticamente una mexicana se negaba, y yo estaba indeciso. Había ya presentado mi solicitud de ingreso al CONICET, pero aún dudaba en activarla cuando el terremoto sacudió también mi inercia, y en diciembre de 1985 iniciamos el regreso, para incorporarme a la carrera de investigador del CONICET, con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

7. A poco de regresar al país sucedió algo de suma importancia que si al comienzo me restó bastante tiempo para la investigación, por otra parte contribuyó en mucho a su desarrollo. La Facultad de Filosofía y Letras de la UBA me ofreció la dirección del Instituto Ravignani, que acepté luego de algunas vacilaciones. Esas vacilaciones se debían a que el Instituto estaba en ruinas: carencia de instrumentos básicos –conseguir un lector de microfilms llevó más de dos años–, la biblioteca atacada por filtraciones de agua, hongos y parásitos, con pilas de libros en el suelo cubiertos de plásticos para evitar las goteras de agua, y la planta de investigadores reducida a cuatro historiadores. Como solía comentar irónicamente, había cambiado mi oficio de historiador por el de arqueólogo. Utilizando lenguaje propio de esa especialidad, explicaba humorísticamente que dirigía “un sitio arqueológico al este de la ciudad”, ruinas de lo que había sido en otra época un prestigioso centro de investigación. Sin presupuesto, sin posibilidad de obtener recursos de la Facultad y, al comienzo, tampoco del CONICET, esa dirección parecía estar condenada al fracaso. Afortunadamente, en un momento posterior obtuve apoyo del CONICET y luego de la Fundación Antorchas, y el Instituto pudo comenzar a reconstruir su rica biblioteca, reestablecer otros servicios de apoyo a la investigación, inaugurar otros nuevos como un centro de digitalización de fuentes históricas, ampliar su elenco de investigadores y reiniciar la publicación de su vieja revista, el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, cuya tercera época lleva ya treinta y siete números publicados.

Las dificultades para dirigir un Instituto de estas características fueron muchas, no sólo por la carencia de recursos sino por las presiones emanadas de la política universitaria y de los intereses de grupos de investigadores en pugna por consolidar posiciones académicas. Sin embargo, paulatinamente pudimos ir superando muchas de esas dificultades hasta que hace pocos años acepté la sugerencia de convertir al Instituto en Unidad Ejecutora de doble dependencia UBA–CONICET, dotándolo así de una estructura más sólida para resistir los embates de la política universitaria y contar por primera vez con un presupuesto. El cambio incluía un inmediato concurso para proveer la dirección del Instituto, concurso en el que no participé, dando así oportuno final a mi larga prolongada permanencia en el cargo.

8. Los dos primeros años de la dirección del Instituto me habían absorbido completamente, pero luego, al encarrilarse la vida institucional, pude volver a mis investigaciones personales, y destinar más tiempo a dirección de becarios y docencia de posgrado. Con el propósito de lograr una reinterpretación de la historia argentina e iberoamericana del siglo XIX, emprendí así la ejecución de un plan de trabajo que comprendió, desde las iniciales investigaciones sobre las formas de identidad política en el momento de las independencias, hasta las dedicadas a los fundamentos iusnaturalistas del pensamiento y de la acción política de la época, en sucesivos trabajos que a lo largo de unos veinte años constituyeron otras tantas etapas en el mismo camino.

Antes de proseguir en el resumen del encadenamiento de mis distintos trabajos, creo conveniente explicar que mi punto de vista sobre los orígenes de la nación era producto de haber encontrado la solución de lo que constituía un clásico problema científico. Porque lo que podríamos considerar como núcleo común de los diversos relatos de la historia del siglo XIX argentino –tanto de lo que se ha denominado con un exitoso pero engañoso rótulo como “historia oficial”, como lo que le ha sido contrapuesto por sus críticos denominados revisionistas– padecía contradicciones que el afán político hacía ignorar.

El núcleo común de esos diferentes relatos históricos consistían en dar por sentada la existencia de una nación argentina, y una correspondiente nacionalidad, desde el momento mismo de la génesis de los proyectos de independencia, y en concebir a las luchas políticas de la primera mitad del siglo XIX como enfrentamientos entre partidarios y enemigos de la unidad nacional. Pero los supuestos partidarios y enemigos de la posible nación argentina intercambiaban su papel según el enfoque adoptado, tal como sucede, para tomar dos ejemplos representativos, con los casos de Rivadavia y de Rosas. Porque, para unos, Rivadavia pasaba por ser el mayor representante del proyecto de una nueva nación, olvidando que una nueva nación no podía lograrse sin el consentimiento de todas sus partes, consentimiento inexistente en este caso como lo mostraba el rechazo de pueblos del Litoral y del Interior a la constitución de 1826. Y Rosas, para otros, pasaba por ser el campeón de la unidad nacional y de la gesta anti británica, pese a que sobaban las evidencias de su carácter de representante de los intereses de una de las partes,

Buenos Aires, y de ser el gobernante más estimado y defendido por los gobiernos británicos y sus súbditos residentes en el Río de la Plata, pese a un circunstancial enfrentamiento. Asimismo, podría agregar que mientras los denominados caudillos provinciales aparecían en un caso como obstáculos a la unidad nacional, pese a sus demandas en pro de esa unidad, en el otro eran vistos como los campeones de ella, pese a su resistencia a renunciar a la independencia soberana de sus provincias. Los datos en que se basan una y otra de las posturas antagónicas son ciertos y aparentemente contradictorios, y la solución habitual para una toma de partido es ignorar los que no encajan en el relato que se quiere construir. De manera que me pareció que ante una interpretación que no podía conciliar los datos contradictorios, se hacía necesario reformular esa interpretación mediante una nueva organización de los datos que pueda dar cabida a todos sin contradicción.

Es entonces cuando el cambio de perspectiva que ya mencioné, el de considerar a la nación como un tardío resultado y no una causa del proceso iniciado por la independencia, parecía permitir la búsqueda de una nueva configuración de los datos que evitara las incoherencias. Pero para que esta posibilidad se convirtiese en realidad eran necesarios otros cambios de enfoque, comenzando por explicar, dada la inexistencia de naciones, cuáles habían sido las entidades políticas que reemplazaron a las autoridades establecidas por las metrópolis ibéricas, cuáles las formas de acción política en un escenario no nacional y cuáles las normas que las regían. La comprobación de que en gran parte del siglo XIX, lo que en Argentina y otros países denominamos “provincias” se asumieron en realidad como estados soberanos, fue uno de los principales resultados de estos trabajos y posiblemente una de las principales innovaciones que creo haber introducido en la historia del siglo XIX iberoamericano. De esos trabajos cabe destacar el examen de lo ocurrido en la historia de cada país latinoamericano que realicé en los dos capítulos sobre Estado y poder regional que elaboré para el volumen VI de la Historia de América Latina de la Unesco. Gran parte de esos resultados están contenidos en mis libros *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la nación argentina* (1997), y *Nación y Estado en Iberoamérica, El lenguaje político en tiempos de las independencias* (2004).

Sin embargo, la reacción inicial a esas comprobaciones no fue generalmente favorable. La verificación de la inexistencia de la nacionalidad argentina en 1810, así como de que el término “argentino” era entonces sólo sinónimo de “porteño”, originó al principio cierta resistencia dado que parecía herir los sentimientos cultivados desde los primeros años de la enseñanza primaria. Pero no sólo perturbaba esto al público no especializado en historia. Como escribía en la Introducción de uno de mis libros, examinar los orígenes de una nación entraña un riesgo para el historiador perteneciente a ella pues

el ineludible procedimiento crítico de la investigación histórica, sin el cual se invalidarían sus resultados, al ejercerse sobre los fundamentos de su Estado nacional, puede llevarlo, o a chocar con el conjunto de creencias colectivas sobre el que se suele hacer reposar el sentimiento de nacionalidad que se considera soporte de ese Estado, o a falsear su análisis histórico por la actitud prejuiciosa que derivaría de las limitaciones inherentes a su lealtad a esa afección colectiva.

Pero, considerando que la mejor contribución de los historiadores a la cultura de un país es ofrecer los resultados válidos de sus investigaciones, agregaba que quienes desean limitar sus alcances para evitar esos riesgos estarían posiblemente tratando de proteger el liderazgo que ejercen sobre una comunidad, al percibir que aquellas innovaciones comprometen los supuestos doctrinarios en que se apoya su liderazgo.

9. Desde el comienzo de esos trabajos comprendí la necesidad de un estudio comparativo de las independencias iberoamericanas con las de las colonias angloamericanas, comparación de estratégica importancia por diversos motivos. Ese objetivo comenzó a ser satisfecho mediante una temporada de trabajo en un centro latinoamericanista de los Estados Unidos, la John Carter Brown Library, en la Universidad Brown –Providence, Rhode Island. Durante seis meses, tres en el 2002 y otros tres en el 2003, pude reunir información que utilicé luego en un texto que hice traducir al inglés para publicarlo en una revista latinoamericanista británica: “The Principle of Consent in Latin and Anglo–American Independence”. En el transcurso de esa estadía pude conocer personalmente a destacados historiadores de la independencia norteamericana, cuyas obras ya había utilizado en mi trabajo. Entre ellos, Bernard Bailyn, de la Universidad de Harvard, que me proporcionó importantes informaciones para los primeros pasos de mi trabajo, y Gordon Wood, de la Universidad Brown, quien también

me fue de particular valor para la comprensión de las etapas iniciales del constitucionalismo norteamericano. Posteriormente, de marzo a junio 2004, pude continuar el mismo trabajo en las bibliotecas de la Universidad de Chicago, gracias a la invitación de la historiadora latinoamericanista Tamar Herzog para dictar un curso en el Centro de Estudios Latinoamericanos, del Departamento de Historia de esa Universidad. Y más recientemente, dos breves períodos en calidad de investigador visitante en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford me permitieron seguir reuniendo más información.

La comparación con la independencia norteamericana fue de fundamental ayuda para la interpretación de la historia iberoamericana. Porque también en las ex colonias angloamericanas el problema central del proceso de la independencia había sido el de superar el dilema de la divisibilidad o indivisibilidad de la soberanía, problema que en los nuevos países iberoamericanos dio lugar a los enfrentamientos entre quienes aquí se denominaron unitarios y federales. Del examen de ciertas características de ambos procesos históricos surgió la comprobación de la existencia de un ordenamiento político previo a las independencias, pero prolongado más allá de ellas, que en el lenguaje usado en Hispanoamérica se denominaba la “antigua constitución” y en las colonias angloamericanas, *fundamental law* –sin perjuicio de otras denominaciones equivalentes. Es decir, una “constitución material” que implicaba comprobar, por ejemplo, que el período comprendido en la Argentina entre 1810 y 1853 no había sido un vacío constitucional, anárquico o bárbaro, sino un ordenamiento constitucional de otro tipo, en su mayor parte prolongación del derecho público hispano. El reconocimiento de que esa antigua constitución era algo más que una expresión retórica y que, por el contrario, constituía una real estructura vigente antes de los textos constitucionales que surgirían más tarde, cambiaba de raíz la forma de encarar las modalidades de la vida política posterior a las independencias, que habíamos definido con el vacío concepto de “caudillismo”, y variaba también la forma de enfocar la historia de las ideas, según el criterio de que la forma más apropiada de juzgar la presencia y la función de las ideas en lo que se está investigando es atender a las que han regido realmente la conducta social y no sólo a expresiones discursivas registradas en ámbitos como la prensa o las asambleas políticas. Este es un criterio que conduce a otro tipo de historia intelectual entendida

como una historia de las fuentes que regían las normas de conducta colectiva, criterio que expuse en 2010 en el artículo “The ‘Ancient Constitution’ after the Independences (1808–1852)”.

10. Por último, una breve referencia a una incursión en un terreno que siempre he tratado de evitar, no por ser ilegítimo pero sí propenso a deformaciones del pasado. Me refiero a la contribución de la investigación histórica a la comprensión del presente. En ocasión de un simposio internacional sobre el bicentenario de las independencias, realizado en el 2011 en Washington en la Biblioteca del Congreso, destacaba una inferencia emanada del estudio comparativo comentado más arriba para tratar de comprender el accidentado curso de los regímenes representativos adoptados en Hispanoamérica: Que si bien en las colonias anglo americanas la revolución y las primeras etapas constitucionales estuvieron también apoyadas en una constitución antigua, existían profundas diferencias en ambos casos, pues basar las normas de derecho público en la tradición limitadora del poder real comenzada con la Magna Carta y culminada en la revolución de 1688 era muy distinto que hacerlo en las instituciones de una monarquía con rasgos absolutistas como la española.

Así, una diferencia fundamental fruto del análisis comparativo es que en el proceso de emergencia del Estado nacional norteamericano, y observando el principio iusnaturalista del consentimiento, se logró conciliar los encontrados intereses de cada Estado respetando su personalidad soberana mediante una unión confederal, para muy poco después pasar a una mayor unidad en el nuevo Estado federal. Esto no ocurrió en casos como el del Río de la Plata, donde durante dos décadas los partidarios del centralismo, apoyados en el poderío de Buenos Aires, rechazaron la pretensión soberana de las llamadas provincias y proscribieron las posturas confederales. Posteriormente, ante la imposibilidad de imponer un Estado unitario, Buenos Aires giró también a una postura confederal pero bloqueando toda tentativa de ir más allá de la débil confederación que perduró hasta la caída de Rosas, razón por la cual, el Estado federal argentino surge recién en 1853.

11. Estas son algunas de las cosas que creo importante destacar en esta breve incursión autobiográfica. Pero antes de concluirla quiero recordar un hecho importante

por diversos motivos. En 1989 había ingresado a la revista *Ciencia Hoy*, en cuyo Comité Editorial estuve desde 1991 hasta 2006, cuando interrumpí esa valiosa experiencia debido al incremento de trabajo proveniente de mi dirección del Instituto Ravignani. Había aceptado con todo gusto la invitación de Patricio Garrahan para participar en ella porque siempre me habían interesado las relaciones de las ciencias sociales con las exactas y naturales, así como la actividad de divulgación. La experiencia de la no fácil interrelación de ambos tipos de actividad científica fue por demás enriquecedora. Y creo que ello explica que, luego de dejar la dirección del Instituto Ravignani –al que continuó integrando en calidad de investigador del CONICET con sede él–, mientras por una parte mi trabajo continúa dedicado a la comparación de rasgos de las independencias ibero y anglo americanas, por otra he reanudado algo que hace mucho intenté durante un par de años, la publicación de artículos periodísticos de divulgación histórica, de los cuales menciono algunos en la siguiente bibliografía.

#### **Trabajos del autor citados o aludidos en el texto:**

*Ensayos sobre la "Ilustración" argentina*, Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, 1962

"Gli Illuministi napoletani nel Rio de la Plata", *Rivista Storica Italiana*, anno LXXXVI, fasc. 1, Torino, 1964.

"La etapa ilustrada", tercera parte del Tomo II de la *Historia Argentina*, dirigida por Tulio Halperín Donghi, Buenos Aires, Paidós, 1972

*Pensamiento de la Ilustración, Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Compilación, prólogo y notas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979

*Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1983.

*Mercaderes del Litoral, Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, F.C.E., 1991

*El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Cuaderno N° 2, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 1991.

"El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", en Marcello Carmagnani (comp.), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, México, El Colegio de México/F.C.E., 1993; 2ª. ed., 2011.

*Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la nación argentina 1800–1846*, Buenos Aires, Ariel, 1997; Segunda edición, Buenos Aires, Emecé, 2007 [Versión en portugués: *Cidades, Provincias, Estados: Origens da Nação Argentina 1800–1846*, São Paulo, Hucitec, 2009]

“El pensamiento político y la reformulación de los modelos”, Cap. 21 de: UNESCO, *Historia General de América Latina*. Volumen IV, Madrid, Trotta, 2000.

“Capítulo 5. Estado y poder regional: constitución y naturaleza de los poderes regionales” y “Capítulo 6. Estado y Poder Regional, las expresiones del poder regional: análisis de casos”, en: Unesco, *Historia General de América Latina*, Vol. VI *La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820–1870*, París, Unesco/Trotta, 2003.

*Nación y Estado en Iberoamérica, El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004. [Versión en inglés: *Nation and State in Latin America. Political Language during Independence*, New Brunswick –U.S.A.– and London –U.K.–, Transaction Publishers, 2012]

“The Principle of Consent in Latin and Anglo–American Independence” *Journal of Latin American Studies*, núm. 36, Cambridge University Press, 2004.

*La Ilustración en el Río de la Plata, Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*, Buenos Aires, Punto Sur, 1989; 2ª. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

“Autonomía e independencia en el Río de la Plata, 1808–1810”, *Historia Mexicana*, N° 229, Julio–Septiembre 2008, Vol. LVIII, núm. 1.

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal, Aimer Granados (compiladores), *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

*Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica* Buenos Aires, Teseo, 2010.

“The ‘Ancient Constitution’ after the Independences 1808–1852”, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 90, núm. 3, August 2010.

“The Enlightenment in ‘Ibero–America’: Some Problems of Interpretation”, en Peer Schmidt, Sebastian Dorsch y Hedwig Herold–Schmidt, *Religiosidad y Clero en América Latina – Religiosity and Clergy in Latin America (1767–1850)*, Köln, Böhlau, 2011.

*Usos Políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico* Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

**Algunos artículos de divulgación:**

“Historia y revisionismo”, artículo periodístico en *Página 12*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2011.

“Argentina, EE. UU. y la U.E. Comparaciones riesgosas”, Diario *Perfil*, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2012.

“La esclavitud desde la Asamblea del año XIII a la Constitución del 53”, –publicado con el título de “La esclavitud no se abolió en 1813”–, en *Ñ. Revista de Cultura*, Buenos Aires, 9 de febrero de 2013.

En colaboración con Marcela Ternavasio: “Procesos electorales y cultura política: Buenos Aires 1810–1850”, Buenos Aires, *Ciencia Hoy*, Vol. 5, núm. 30, 1995.

En colaboración con Nora Souto, *De la ciudad a la nación: itinerario de la organización política argentina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010.